

¡Tú lloras porque bizarro
Siguió á tu Tello, que siempre
Le ofrecimos por dechado!
»No fué así doña María,
Émula y mujer del bravo
Guzman el Bueno, y hoy honra
De nuestro linaje claro.
»Si cobarde y vil se hubiese
De la batalla fugado,
Entonces sí, hija querida,
Que debiéramos llorarle.
»Entonces sí que el encuentro
De los buenos esquivando,
Andar debiéramos siempre
El rostro en tierra inclinado.
»Hoy no, que en las lenguas suena
De todos; que fiel retrato
De sus mayores, cual ellos,
Del honor murió en el campo.
»Oye á su fiel escudero,
Y verás cómo envidiado,
No plañido, serenos debe
De su sol el noble ocaso.
»Hija adorada y llorosa!
Ya basta del libre vado
Que á tu sentimiento dieras,
Y es del honor moderarlo.
»Cesen, pues, los ayes tristes
Y ese tu gemir insano,
Ni más me adijas, de un padre
Las súplicas desdenando.»
Elvira, á este dulce nombre,
Dió á su ahogo un breve plazo;
Y apoyándose en su Zaida,
Fué humilde á besar su mano.
Solicito alzóla el viejo
Con un amoroso abrazo;
Todos en silencio triste
Al escudero escuchando (1).

ALARMA ESPAÑOLA.

ROMANCE QUE EL DOCTOR DON JUAN
MELENDEZ VALDES DIRIGE Á UN
AMIGO SUYO.

Al arma, al arma, españoles,
Que nuestro buen rey Fernando,
Victima de una perfidia,
En Francia suspira esclavo.
En su bondad inocente,
Como verdad los halagos
Creyó de un alevé amigo,
Y corrió inerme á sus brazos.
¡Oh, si los ardientes ruegos
De tantos fieles vasallos
Oyerá ni él gemiría,
Ni yo os llamara á vengarle.
Pero era jóven y bueno,
Y en su corazón honrado
Desechó cual imposibles
Sospechas de un doble trato.
Era rey, nieto de reyes;
Como tal, por sacrosanto
Tuvo el seguro ofrecido
Por otro rey su aliado.
Este seguro, españoles,
Que aun entre el café inhumano
Fué firme, inviolable siempre,
Sólo á un buen rey ha faltado.
El oficioso conyite
Fué, para prenderle, un lazo;
Y echóle la vil cadena
Con el beso y los abrazos.
Cadena que arrastra el triste
Sólo porque le adoramos,
Y de su cuello inocente
Al nuestro está amenazando.

(1) El autor había continuado este romance en otro romance, que se extravió despues de su fallecimiento.

»Y en paz sufrirlo podemos?
Y el acero toledano
No esgrimimos? ¡Nuestros nombres
Mancillará oprobrio tanto!
»Dónde están los nobles hijos
Que á Valencia han libertado?
»Estos, Jaime, son tus nietos?
»Son éstos tus valencianos?
Al arma, al arma, españoles;
La patria os llama; corramos
Al arma á vengarla fieles,
O como buenos muramos.
No á crédulas esperanzas
El pecho abrais; en tardando
Todo es perdido, y los grillos...
¡Oh baldón! ¡pude nombrarlos!
Grillos y duras esposas
Nos aguardan; nuestras manos
Las llevarán, y mendigos
Viviremos é infamados.
Ved, si no, la triste Italia,
Y allá en Roma, al Pastor santo,
Hecho el indigno juguete
Del mismo que tanto ha honrado.
Ved al holandés sufrido,
La Prusia, el rudo polaco,
El noble alemán; de sangre
La Europa entera hecha un lago.
Creyó sus dobles promesas
Ciego el portugués, y á saco
Dadas sus ricas ciudades,
Maldiciendo está su engaño.
Por la ambicion de uno solo
El mundo gime; los campos,
Los talleres, la oficioso
Industria, todo asolado,
Seremos lo que son ellos,
Viles, míseros esclavos,
Y nuestras hijas y esposas
Servirán á su regalo.
Nuestros venerables usos,
Nuestras leyes, el sagrado
Culto y fe de nuestros padres
Veránse por tierra hollados.
Estas leyes y este culto,
De que tanto nos preciamos,
En que dichosos nacemos,
Que con la leche mamamos,
Acabarán como un día
Allá en los tiempos infanastos
De Witiza y de Rodrigo
Miseramente acabaron.
Y lo sufrirán los nietos
De los que ochocientos años
Combatiendo contra el moro,
Al Africa al fin lo echaron?
»Los que heroica frente hicieron
Al invencible romano,
Y con Sagunto y Numancia
Indomables se abararon?
No, tanta mengua no cabe
En pecho español; volvamos
La vista á nuestros abuelos,
Y cuidemos de imitarlos.
Un ejército no es nada
Contra un pueblo que, ligado
En nudo fiel, sus hogares
Defiende, á todo arrestado.
Diez millones de españoles
No son, no queriendo, esclavos;
Sientan los bravos de Jena
La fuerza de vuestros brazos.
Sientan que aun arde en los pechos
Aquel glorioso entusiasmo
Que un traidor entibiar pudo,
Pero no pudo apagarlo.
»Esas lucientes corazas,
Esos sables, esos cascos
Que llevan, son de otro temple
Que fueron los africanos?
»Los vencisteis porque libras
Quisisteis morir; hagamos

Hoy lo mismo, y la victoria
Nos ceñirá con sus lauros.
La patria os llama y el Rey;
Corred, corred á librarlo
De los grillos; arma suenen
El Ebro, el Turia y el Tajo.
Todo suene al arma, y todos,
Del niño al trémulo anciano,
Soldados, la vida demos
Como buenos por entrambos.—
De Madrid así en la plaza
Cantaba un fiel valenciano,
Y «Al arma, al arma, decía,
Por nuestro buen rey Fernando.»

ALARMA SEGUNDA.

Á LAS TROPAS ESPAÑOLAS.

»Dónde estais, valientes hijos
De la victoria y la patria?
»Vuestra religion se entibia?
»Vuestro corazón desmaya?
Generales, que á las lides,
Compañeros de sus armas,
Llevándolos, de la gloria
Gozaís ya de sus hazañas,
»Por qué en la mitad del triunfo
Bajais la tajante espada,
El atambor no retumba,
Y el bronce ardiente descansa?
Corre audaz nuestro enemigo,
Libre en su bárbara saña,
Del Ebro las anchas vegas,
Sus felices campos tala.
Nada, ominoso, perdona;
Hiere, oprime, fuerza, mata,
Y á fuego y á sangre lleva
Del palacio á la cabaña.
Ni al trémulo helado anciano
Librarle pueden sus canas,
Ni á la tímida doncella
Su belleza y sus plegarias.
De los brazos de la madre
Despavorida la arranca
Su brutal furor... ¡Oh cielos!
»Salvad su inculpable infamia!
»Ay, qué feroz la atropella,
Lucha en vano, en vano clama,
Y espira en los torpes brazos
Que tan vilmente la ultrajan!
Cae moribunda la madre
Con la infeliz, y de rabia
Ciego el padre, en la impia turba
Su afrenta, matando, lava.
Pero al fin sucumbe y muere,
Y el bárbaro en furia íhsana
Triunfa impune, y hasta el templo
Corre y nefario lo allana.
Nuestro Dios ved por el suelo.
»Con qué sacrilega audacia
Lo escupe su inmunda boca,
Lo conculca su vil planta!
Y en su ansia de vino y oro,
Robando el cáliz del ara,
Lo hace copa de sus brindis,
Y sus torpes triunfos canta.
Soldados, en estos triunfos
Mirad nuestra eterna mancha,
Si dejais indigna mengua!
Que uno solo vuelva á Francia.
Que sus cánticos alevés
Sean el grito de venganza,
Que os haga correr al presto
Do patria y honor os llaman.
Inclitos aragoneses,
»De qué os sirvió tanta hazaña,
Tanto sudor y fatiga,
Tanta sangre derramada?
»De qué los vellidos pechos
Oponer á tantas balas,
Ni á vuestras nobles matronas

Valor tanto en tantas gracias,
Si los que de luto y sangre
Y lágrimas vuestras casas
Llenaron, por deteneros,
Impunes al fin se escapan?
Gloriosos hijos del Bétis,
No con Bailén sólo acaban
Los vándalos que asolaron
Vuestras vegas afamadas;
Aun respiran más bandidos,
Que mientras el Ebro arrasan,
Blandiendo su infame acere,
Con torva vista os amagan.
Vosotros que al claro Turia
Bebeis las plácidas aguas,
Esforzados valencianos,
Corred del viento en las alas:
Corred orillas del Ebro
A repetir las hazañas
Que de Valencia en los muros
Celebrando está la fama.
Bailén y Valencia sean
Do el vil francés os aguarda;
En la oprimida Rioja,
Allí está el honor de España.
Allí laureles ó grillos;
Soldados, al arma, al arma,
Y á ceñiros los laureles,
Pues está la suerte echada.
Si tardais más, el tirano,
Que huella con dura planta
La desventurada Europa

SONETOS.

AL SEÑOR DON GASPARD DE JOVELLANOS, DEL CONSEJO
DE SU MAJESTAD, OIDOR EN LA REAL AUDIENCIA
DE SEVILLA (1).

Las blandas quejas de mi dulce lira,
Mil lágrimas, suspiros y dolores
Me agrada renovar, pues sus rigores
Piadoso el cielo por mi bien retira.
El dichoso zagal que tierno admira
Su linda zagaleja entre las flores,
Y de su llama goza y sus favores,
Alegre cante lo que amor le inspira,
Yo lloro sólo de mi Fili airada
El altivo desden con triste canto,
Que el eco lleve al mayoral Jovino;
Alternando con cítara dorada,
Ya en blando verso ó dolorido llanto,
Las dulces ansias de un amor divino.

SONETO PRIMERO.

EL DESPECHO.

Los ojos tristes, de llorar cansados,
Alzando al cielo, su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro,
Que el grave peso no los sufre alzados;
Mil dolorosos ayes desdeñados
Son ¡ay! trasunto de la luz que adoro;
Y ni me alivia el día, ni mejoro
Con la callada noche mis cuidados.
Huyo á la soledad, y va conmigo
Oculto el mal, y nada me recrea;
En la ciudad en lágrimas me anego;
Aborrezco mi sér; y aunque maldigo
La vida, temo que la muerte aun sea
Remedio débil para tanto fuego.

(1) El autor dedicó estos sonetos á su amigo, el año de 1776, á excepción de cinco, añadidos en esta edicion.

Del polo á la triste Italia,
»Ay qué de estragos y muertes,
Y qué de horrores y llamas,
En su cólera implacable,
Para acabarnos prepara!
Sus victorias se eclipsaron
Por vuestra heroica constancia;
Y los de Marengo y Ulma,
Con sus yelmos y corazas
Huyen y medrosos tiemblan,
Y cual tímida manada
De corderos se retiran
Al crujir de vuestras armas.
El lo ve, y en su hondo pecho,
Que siente toda la infamia
De su negra alevosía,
Se agita á horribles venganzas.
Como el tigre en el desierto,
Que el hambre y la sed abrasan,
Sobre la incanta coreilla
Se arroja y la despedaza,
Vendrá, y traerá sus legiones,
Que oprimen la Scitia helada,
Ofreciendo á su codicia
Por cebo montes de plata.
Vendrá, y lloraréis de nuevo
Las ciudades asoladas,
Talados campos y mieses,
Vuestras madres degolladas,
Manchado con brutal furia
El honor de vuestras casas,
Y entre hierros vuestros hijos
Ir como esclavos á Francia.

SONETO II.

EL PRONÓSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura
Ha el cielo á tus ojos trasladado,
Y ornó de oro el cabello ensortijado,
Y dió á tu frente gracia y hermosura,
Esa rosada boca con ternura
Suspirará; tu seno regalado
De blando fuego bullirá agitado,
Y el rostro volverás con más dulzura,
Tirsi, el felice Tirsi tus favores
Cogerá, altiva Clori, su deseo
Coronando en el tálamo dichoso.
Los cupidillos verterán mil flores,
Llamando en suaves himnos á Himeneo,
Y Amor su beso le dará gozoso.

SONETO III.

EL PENSAMIENTO.

Qual snele abeja inquieta, revolando
Por florido pensil entre mil rosas,
Hasta venir á hallar las más hermosas,
Andar con dulce trompa susurrando;
Mas luego que las ve, con vuelo blando
Baja, y bate las alas vagorosas,
Y en medio de sus hojas olorosas
El delicado aroma está gozando;
Así, mi bien, el pensamiento mio
Con dichosa zozobra, por hallarte,
Vagaba, de amor libre, por el suelo;
Pero te vi, rendime, y mi albedrío,
Abrasado en tu luz, goza, al mirarte,
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV.

LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el amor que el corazón helado
De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;
Mas dió al punto á sus pies, mil partes hecha,
Contra su seno, de pudor murado.

Solicítala en oro transformado,
Y al vil metal con altivez desecha;
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.
Válese al fin de Tirsi, que la adora;
Llama al tierno Himeneo, y oficioso,
De la mano la arrastra al nupcial lecho.
Victoria canta el dios; de la pastora
Cesa el desden, y en llanto delicioso,
Cual nieve al sol, se le derrite el pecho.

SONETO V.

LA PALOMA.

Suelta mi palomita pequesiuela,
Y déjamela libre, ladrón fiero;
Suéltamela, pues ves cuánto la quiero,
Y mi dolor con ella se consuela.
Tú allá me la entretienes con cautela;
Dos noches no ha venido, aunque la espero.
¡Ay! si ésta se detiene, cierto muero;
Suéltala, ¡oh crudo! y tú verás cuál vuela.
Si señas quieres, el color de nieve,
Manchadas las alitas, amorosa
La vista, y el arrullo soberano,
Lumbroso el cuello, y el piquito breve....
Mas suéltala y verás la bulliciosa
Cual viene y pica de mi palma el grano.

SONETO VI.

LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

Ora pienso yo ver á mi señora
De donosa aldeana, y que el cabello
Libre le vaga por el albo cuello,
Cantando alegre al despertar la aurora;
Ya en pellico y cayada de pastora
Los corderillos guía, y suelta al vellos
Por el prado brincar, corre en pos de ellos;
Ya en ocio blando en la cabaña mora.
Tierna ora ríe, y va cogiendo flores;
A caza ora tras ella el monte sigo,
Y bailar en la fiesta ora la veo.
Así ausente me alivio en mis dolores;
Y aunque sueño de amor es cuanto digo,
El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII.

EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

Huyes, Cínaris bella y desdenosa,
De mil dulces palabras olvidada,
Ni vuelves hacia mí la faz rosada,
Ni mi voz oyes por correr furiosa.
¡Ah! tente, tente, á mi dolor piadosa;
Tente, y yo callaré; no tu nevada
Planta la selva hiera enmarañada,
Cual la de Venus cuando erró llorosa,
Ni aun respirar ya puedes, de rendida.
Vuelve... ¡ay! ¡ay! vuelve... mas, ¡dolor agudo!
Que por mejor correr suelta el cayado.
Vuelve...—dijo Damon; pero no oída
De la ingrata su voz, seguir no pudo,
En encendidas lágrimas bañado.

SONETO VIII.

EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡Oh, si el dolor que siento se acabara,
Y el bien que tanto anhelo se cumpliera!
¡Cómo, por desdichado que ora fuere,
La más alta ventura no envidiara!
Con la esperanza sola me aliviara;
Y por mucho que en tanto padeciera,
El gozo de que el mal su fin tuviera,
Lo amargo de la pena al fin templara.
Por un instante de placer que hubiera,
Con júbilo mis ansias sufriría,

Ni en su eterno durar desfalleciera.
Pero si es tal la desventura mía,
Que huyendo el bien, el daño persevera,
¡Qué aguardar puedo en mi letal portada!

SONETO IX.

EL PROPÓSITO INÚTIL.

Tiempo, adorada, fué cuando abrasado
Al fuego de tus lumbres celestiales,
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado...
¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales,
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!
Pasó aquel tiempo, mas la viva llama
De mi fiel pecho inextinguible dura,
Y hablar no puedo aunque morir me veo.
Huyo, y muy más mi corazón se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura,
Y siempre á la razón vence el deseo.

SONETO X.

LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla; del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura;
Apenado á ti corre; su ternura
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.
De rosa en la coyunda el cuello hermoso
Pon al yugo feliz; la copa apura
Que amor te brinda; y de triunfar segura,
Entra en lides suaves con tu esposo.
¡La vista torna! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardores,
En rubor virginal la faz teñida!
Mas Venus... Venus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Filis coge y la esquivaz olvida.

SONETO XI.

LAS ARMAS DEL AMOR.

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus lindos hojuelos, para herirme,
Las flechas y la llama abrasadora.
Tu dulce boca, que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme;
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.
Tu voz suave, tu desden fingido
Y el albo seno, do el placer se anida,
Pábulo añaden al ardor primero.
Amor con tales armas me ha rendido;
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII.

LA HUMILDE RECONVENCIÓN.

Dame, traidor Aminta, y jamás sea
Tu cándida Amarili desdenosa,
La guirnalda de flores olorosa
Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.
¡Ay! dámela, críel; y si aun desea
Tomar venganza tu pasión celosa,
Hé aquí de mi manada una amorosa
Cordera; en torno fenecer la vea.
¡Ay! dámela, no tardes, que el precioso
Cabello ornó de la pastora mía,
Muy más que el oro del Ofir luciente,
Cuando cantando en ademán gracioso
Y halagüeño mirar, merecí un día
Ceñir con ella su serena frente.

SONETO XIII.

LA RESIGNACION AMOROSA.

¡Qué quieres, crudo amor! Deja al cansado
Animo respirar solo un momento;
Baste el veneno en que abrasarme siento,
Y el dardo agudo al corazón clavado.
Ni duermo, ni reposo; y de mi lado
Cual sombra huye el placer; ¡ah! ¡qué lamento
Suena en mi triste oído! De tormento
Basta, amor, basta, pues de mí has triunfado.—
Le ruego así; y á mi dolor movido,
Él me muestra la lumbre por que muero,
Pero rayo de angélica hermosura;
Yo me postro á adorarla, y encendido
En fuego celestial, penar más quiero,
Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV.

EL RUEGO ENCARECIDO.

Deja ya la cabaña, mi pastora;
Déjala, mi regalo y gloria mía;
Ven, que ya en el Oriente raya el día,
Y el sol las cumbres de los montes dora.
Ven, y al humilde pecho que te adora,
Torna con tu presencia la alegría.
¡Ay! que tardas, y el alma desconfía;
¡Ay! ven, y alivia mi penar, señora.
Tejida una guirnalda de mil flores
Y una fragante delicada rosa
Te tengo, Filis, ya para en llegando,
Daréte las cantando mil amores,
Daréte las, mi bien; y tú amorosa
Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV.

LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora
En muda soledad tu malhadado
Nombre ¡ay Fili! repito, afortunado
Decirte osé: «Mi corazón te adora.»
Junto á este arroyo, que tu muerte llora,
Te hallé cogiendo flores; y turbado
La guirnalda nupcial en tu dorado
Cabello puse, y te juré señora.
Allí nos reveló sus deliciosos
Misterios la alma Venus, la sagrada
Tea encendiendo plácido Himeneo.
¡Ay, dejadme recuerdos dolorosos!
Mi Fili al claro Olimpo fué robada,
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI.

LA FUGA INÚTIL.

Tímido corzo, de críel acero
El regalado pecho traspasado,
Ya el seno de la hierba emponzoñado,
Por demas huye del veloz montero;
En vano busca el agua y el ligero
Cuerpo revuelve hacia el doliente lado;
Cayó y se agita, y lanza congojado
La vida en un bramido lastimero.
Así la flecha al corazón clavada,
Huyó en vano la muerte, revolviendo
El ánima á mil partes dolorida;
Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazón cubriendo,
Y el fin se llega de mi triste vida.

SONETO XVII.

EN UNAS BODAS.

Hé aquí el lecho nupcial; ¡tiemblas, amada,
Y para tí le ornó, de gozo llena
Tu tierna madre? El corazón serena,

II. Ps.-XVIII.

Y de santo pudor sube á él velada.
También yo, como tú, temí engañada
Doblar el cuello á la feliz cadena;
Cedí y dichosa fui; tu esposo pena,
Llega, y colma su suerte afortunada.
Veó somar al himeneo santo,
Que fansta ya Fecundidad te mira,
Y en maternal amor arder tu pecho.
Llega.... La virgen, entre risa y llanto,
Ansia y teme; la madre se retira,
Y corre honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII.

EL REMORDIMIENTO.

Perdona, bella Cintia, al pecho mio,
Si evita cauto tu adorable llama;
Que Fili solo su fineza inflama,
Y él la idolatra aun en el mármol frio.
Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:
«¡Así, me dice, ¡oh perdido! se ama!
¡Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!
»Vuelveme á mi inocencia y á mi pura
Candidez virginal; tú de mi pecho
¡Alevel! ¡level! has la virtud lanzado.
»Vuelveme á mi virtud...» Su sombra oscura
Me sigue así; y en lágrimas deshecho,
Me hallo en el duro suelo desmayado.

SONETO XIX.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON EUGENIO DE LLAGUNO, HABIÉNDOLE NOMBRADO EL REY CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ÓRDEN DE CARLOS TERCERO.

Alivia el peso, soberana Astrea;
Déjame un hora de feliz reposo;
El crudo afán de tu servicio honroso
Ceda una vez á más feliz tarea.
Santa amistad en celebrar se emplea
Del claro Elpino galardón glorioso,
Merced justa de un rey que poderoso
Su mérito y saber honrar desea.
Vosotras, Musas, si á mi ruego un día
Cedisteis gratas, y mi tierno acento
Oyó afable por vos mi dulce Elpino,
Prestas volad, decidme mi alegría,
Del pueblo hispano el general contento,
De la virtud el júbilo divino.

ELEGÍAS.

ELEGÍA PRIMERA.

EN UN EMPENO TEMERARIO.

Amor, desdenes, ira, y todo junto,
El poder de la envidia y de los celos,
Se han unido en mi daño á un solo punto.
La medrosa inquietud con mil desvelos
Cubre mi infeliz pecho de amargura;
Doy lástima á la tierra y á los cielos.
Yo vi en mi daño una doncella pura,
Término de beldad, y con mil dones
Que exceden toda humana criatura.
Sus ojos son de fuego; sus razones
Hacen al que las oye temblar luego,
Y encanta en su saber los corazones.
Yo la miré, y temí, y un blando fuego
Sentí que por mis venas discurría,
Y á todo lo demas halléme ciego.
Volvíoseme tristeza la alegría,
La paz del corazón tormenta brava,
Y oscuridad infausta el albo día.
Nunca, empero, del daño me apartaba;
Mas ántes vanamente confiado,
Del puerto al ancho mar me abandonaba.